

EL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL Y LA "CUESTIÓN NACIONAL" (1868-1918)

Jorge del Palacio Martín (Universidad Autónoma de Madrid)

jorge.delpalacio@uam.es

Este texto pretende ofrecer una explicación a por qué el Partido Socialista Obrero Español ha mantenido históricamente una postura de ambigüedad frente al concepto de "nación española" mientras ha mostrado su simpatía para con las aspiraciones políticas de los nacionalismos subestatales. A dicha pregunta seguirá un breve esbozo de tres elementos de análisis: la importancia del periodo histórico (1868 a 1918: configuración del socialismo europeo frente a la "cuestión nacional"); la evolución del papel de los nacionalismos en la estrategia socialista; y el papel del Estado en la nacionalización de los partidos socialistas.

La historia del Partido Socialista Obrero Español respecto a la "cuestión nacional" en España podría describirse como la sucesión de una serie de pronunciamientos de naturaleza contradictoria y de escasa coherencia teórica. ¿Por qué el PSOE ha carecido históricamente de una idea clara y distinta de lo que es, o debería ser, la nación española?.

Si atendemos a la historia más reciente, desde las postrimerías del franquismo el PSOE ha dado cabida en su discurso a una variada gama de posturas frente a la "cuestión nacional". Expuestas a grandes rasgos, estas posturas han pasado desde el reconocimiento del derecho de autodeterminación de los pueblos de España, a la aceptación del actual sistema autonómico recogido en la Constitución de 1978, pasando por la apuesta por un sistema federal como solución a la vertebración territorial de España.

Uno de los ejemplos más claros de la naturaleza ambigua y cambiante que el concepto de "nación española" tiene en el discurso del PSOE lo ofreció el mismo José Luis Rodríguez Zapatero en el Senado el 17 de noviembre de 2004. En concreto, cuando el senador del Partido Popular Pío García-Escudero preguntó al entonces presidente del gobierno si consideraba superado, o no, el concepto de nación establecido en el artículo segundo de la Constitución española. Una de las respuestas que Zapatero ofreció al respecto fue la siguiente,

"Como no podía ser de otra manera, el Gobierno considera plenamente vigentes los conceptos constitucionales en todos sus preceptos. Y el Gobierno también tiene la libertad intelectual, e incluso creo que la obligación intelectual, de saber que en algunos casos estamos ante conceptos discutidos y discutibles, afortunadamente para el propio objetivo de buscar una convivencia compartida en un proyecto común, que es España, que se rige por la Constitución, que tiene una clara ostentación de la soberanía, y que busca fundamentalmente que sus pueblos, sus identidades y sus singularidades estén cómodas y sean reconocidas en ese proyecto común que, repito, es España"¹

Merece la pena reproducir esta intervención *in extenso* porque en ella se recoge a la perfección la lógica que subyace al continuo cambio de posiciones del PSOE desde la Transición en lo que a la "cuestión nacional" toca: el primado que se

¹ Diario de Sesiones del Senado (DSS) 17/11/2004 Pág. 922

ofrece al acomodo y reconocimiento de las aspiraciones de las nacionalidades subestatales ha venido dado por un paralelo vaciado del contenido del concepto mismo de "nación española", que es discutido y discutible en función de las necesidades políticas. O dicho de otra manera, es la "nación" la que deviene discutible para el acomodo de las "nacionalidades" y no viceversa.

¿Cuál es la razón por la que el Partido Socialista Obrero Español no ha sido capaz de generar una concepción de la nación española estable y reconocible en su ideario político?

Como norma general, la mayoría de las historias del partido han pasado de puntillas sobre las relaciones entre el PSOE y la "cuestión nacional". Sin embargo, existe un ramillete de trabajos que ha estudiado las relaciones de la izquierda – y, por ende, del PSOE- con el concepto de nación española. Estos trabajos, excelentes tanto por su rigor como por el trabajo documental que los respalda, han centrado su atención mayoritariamente en los años que van desde la Transición hasta nuestros días y apuntan que los orígenes de esta difícil relación hay que buscarlos en las alianzas políticas que surgieron entre los grupos opositores al franquismo desde 1970. La idea central que define la posición de esta serie de autores sostiene que el monopolio que el régimen franquista hizo del concepto de España terminó por desprestigiar la idea misma de nación española.

La vinculación del régimen del general Franco con una idea centralista y unitaria de España y sus símbolos explicaría, así, la afinidad ideológica entre los movimientos de oposición al régimen y las aspiraciones políticas de los nacionalismos subestatales. Siguiendo a estos autores, la comunión entre la izquierda y los nacionalismos vasco, gallego y catalán tomó forma de alianza positiva en el contexto de la oposición antifranquista y bajo el frontispicio de la

lucha por las libertades políticas que negaba la dictadura. Dicho de otra manera, lo que unía en la oposición a la izquierda con el nacionalismo subestatal era el convencimiento firme de que la democratización del país no sólo habría de procurar a los ciudadanos españoles derechos y libertades propios de un país moderno, sino que debería incorporar los mecanismos políticos necesarios para que las identidades que habían sido negadas por el franquismo tuvieran su debido reconocimiento político.² Andrés de Blas ha resumido a la perfección esta posición al afirmar que,

“El riguroso centralismo del franquismo sentenció la entusiasta vocación anticentralista de la oposición; el enfrentamiento del franquismo con los nacionalismos españoles de signo desintegrador, supuso el descubrimiento – paradójico en ocasiones- de una íntima solidaridad de la izquierda española con cualquier reivindicación nacionalista siempre que no tuviese el carácter de base en la nación española”.³

En el caso del PSOE, esta “íntima solidaridad” con las aspiraciones políticas de los nacionalismos subestatales conoció su máxima expresión en los congresos de 1974, celebrado en la localidad francesa de Suresnes, y 1976, primer congreso del partido en suelo español desde la Guerra Civil. En ambos congresos el PSOE reconoció el derecho de autodeterminación de los pueblos que componían el Estado como solución al problema de las nacionalidades en España. Además, en sintonía con el antiimperialismo marxista-leninista que esgrimía en su prosa -

² Álvarez Junco, J., “La idea de España” en *Historia de España Menéndez Pidal*. Madrid, Espasa, 2007. Vol. LXIII (La España de las autonomías); De Blas, A., “El problema nacional-regional español en los programas del PSOE y el PCE” en *Revista de Estudios Políticos*, Nº4, 1978, Págs. 155-170; De Blas, A., “La izquierda española y el nacionalismo. El caso de la transición” en *Leviatán*, Nº31, 1988, Págs. 71-85; Quiroga, A., “ Amistades peligrosas. La izquierda y los nacionalismo catalanes y vascos (1975-2008)” en *Historia y Política*, Nº 20, 2008, Págs. 97-127

³ De Blas, A., *Op. Cit.*, 1978, Pág. 155

que a partir de 1950 sirvió de alimento ideológico a los movimientos de liberación nacional anticoloniales como en Cuba, Vietnam o Argelia-, el derecho de autodeterminación se encuadraba en la estrategia más amplia de la lucha de clases por la emancipación del proletariado mundial. Así las cosas, desde este discurso España pasaba por un Estado imperialista donde vascos, catalanes y gallegos podían homologar su situación con aquellas colonias del Tercer Mundo que se veían sometidas política y culturalmente por sus respectivas metrópolis.⁴

Ahora bien, ¿entender la difícil relación entre el PSOE y la idea de nación española en términos de reacción y respuesta a la idea centralista y unitaria que de España tenía el régimen franquista significa que antes de la dictadura no existían tales tensiones?, ¿significa, por decirlo de otro modo, que las dificultades del PSOE con el concepto de nación española son exclusivas del periodo que arranca en los últimos años del franquismo?

Los autores arriba citados circunscriben explícitamente sus trabajos al periodo de la Transición o al periodo que va de la Transición a nuestros días, lo cual les exime de dar cuenta y razón de las relaciones habidas entre el socialismo y el concepto de nación española antes de ese periodo. Sin embargo, el hecho de que no incluyan una pequeña mención a las relaciones entre socialismo y nación desde los orígenes del PSOE podría dar a entender que las dificultades del socialismo español para buscar acomodo a un concepto de nación española en su ideario son exclusivas del periodo que se abre con la Transición. Por el contrario, la inclusión de una visión más amplia en la que quedasen siquiera bosquejadas las características más notables de la relación entre socialismo y nación en España desde los orígenes del movimiento obrero nos ayudaría a forjar una idea más completa de cómo se ha enfrentado históricamente el PSOE la "cuestión nacional". Esta visión nos habilitaría, por ejemplo, para evaluar si las

⁴ *Ibid.* Págs. 161-167

particularidades que informaron la relación socialismo-nación desde la época de la Transición fueron la excepción en la historia del PSOE o si, por el contrario, fueron la norma.

En este trabajo defenderé que fueron la norma. La tesis que voy a sostener es que el Partido Socialista Obrero Español no ha sido capaz de generar una idea propia sobre la "nación española" desde sus orígenes debido a que ha primado la visión de clase frente a la visión nacional de la política. Esta prioridad de la *clase* frente a la *nación* nos ayudará a entender el por qué de las dificultades del PSOE para integrarse en el marco del Estado y sus instituciones, el por qué de las dificultades para hacer suya una idea de nación española y, finalmente, el por qué de su secular afinidad para con las aspiraciones políticas de los nacionalismos subestatales.

Señalar que el origen de las dificultades del PSOE para lidiar con el concepto de nación tiene su origen en una política de clase, significa señalar una causa ideológica y, por tanto, no carga toda la responsabilidad sobre un periodo histórico concreto. De aquí que mi interés se centre en el periodo que va de 1868 a 1918, y en breve justificaré el por qué de tal periodización. La intención no es otra que mostrar la presencia en fecha tan temprana de ideas y desarrollos teóricos que abundaban en la primacía de las nacionalidades subestatales frente a la nación española sin que hubiese mediado aún la II República, ni Guerra Civil, ni el franquismo, ni la retórica anticolonial de los cincuenta. Dicho lo cual, el centralismo franquista no habría fundado el interés del PSOE por las aspiraciones de los nacionalismos subestatales, sino que en todo caso habría reforzado unos vínculos ya existentes.

Desde que Karl Marx dejase escrito en su famoso *Manifiesto Comunista* aquello de "Se ha reprochado también a los comunistas el querer suprimir la patria, la nacionalidad (...) Los obreros no tienen patria. No se les puede quitar lo que no

tienen” el concepto de nación ha sido uno de los grandes caballos de batalla de la izquierda. Desde su visión progresista de la historia el marxismo ha considerado la nación –y por ende lo nacional- como algo contingente; como un fenómeno de la modernidad destinado a desaparecer con la llegada de una sociedad sin clases y libre de adscripciones nacionales. El propio Marx profesaba una confianza sin límites en la acción de la historia y sus actores:

“los particularismos nacionales y los antagonismos de los pueblos desaparecen todavía más –decía en el arriba citado *Manifiesto-*, simplemente con el desarrollo de la burguesía, con la libertad de comercio, el mercado mundial, la uniformidad de la producción industrial y las formas de vida que a ella corresponden”⁵.

Esta fe ciega en el advenimiento de una sociedad post-nacional hizo que tanto Marx como Engels subestimaran la fuerza del principio de las nacionalidades y nunca se sentasen a sistematizar una visión marxista sobre el particular. La nación, producto burgués, no tenía cabida en el credo progresista e internacionalista de la izquierda. Era una cuestión de lógica: con la lucha de clases como categoría central toda ligazón social destinada a trascender las divisiones de clase no podía tener lugar en su teoría. No es casualidad, por tanto, que uno de los primeros partidos obreros de inspiración marxista como el SPD alemán se negase a debatir la “cuestión nacional”, precisamente en su congreso constituyente (Eisenach, 1869), por considerarlo un asunto ajeno a los intereses del proletariado. Como tampoco es fruto del azar que el Partido Socialista Obrero Español se fundase en un simbólico dos de mayo de 1879 tras casi una década de movilizaciones en contra de la que otrora fue fiesta nacional⁶. Sin embargo, en 1914 el socialismo alemán afirmó su condición de partido *nacional* sobre su condición de partido de *clase* al votar los créditos de guerra y haciendo caso

⁵ Marx, K. /Engels, F., *Manifiesto Comunista*, Madrid, Alianza, 2004. Pág. 65

⁶ Guereña, Jean-Louis, “Del anti-Dos de Mayo al Primero de Mayo: aspectos del internacionalismo en el movimiento obrero español” en *Estudios de Historia Social*, N° 38-39, 1986. Págs. 91-102.

omiso de las advertencias de la II Internacional. Por la misma época, en el seno del socialismo español ya comenzaban a tener eco los primeros proyectos para la superación de la nación española a través de una organización confederal que ofreciese a las nacionalidades el derecho de autodeterminación.

¿Cuál es el punto en el que se bifurcan ambas tradiciones socialistas?, ¿Por qué el SPD termina arrinconando el internacionalismo y acepta la nación mientras el PSOE sigue viendo en la nación un enemigo de las aspiraciones del proletariado? Una de las explicaciones posibles es la incapacidad del PSOE para superar la condición de partido de clase a través de la participación en política nacional. Lo que es tanto como decir que la nacionalización de los partidos socialistas está estrechamente ligada a su capacidad de superar la condición de partido de clase a través de la integración en el Estado-nación y sus instituciones, pues en el mundo moderno es el Estado el que da forma nacional a la política.

A continuación voy a tratar de abordar los tres elementos de análisis sobre los que se fundamenta mi investigación sobre el PSOE y la "cuestión nacional":

El periodo 1868-1918

A efectos de periodización de la historia del socialismo organizado internacionalmente el periodo que va de 1864 (fundación de la AIT) a 1918 (final de la Primera Guerra Mundial) resulta decisivo para comprender el nacimiento, desarrollo y asentamiento de los partidos socialistas. De alguna manera, 1918, o más bien el periodo de guerra 1914-1918, supone uno de los "puntos de inflexión" naturales de la historia que poca gente se atrevería a poner en tela de juicio. La fecha supone el final del mundo cultural y político del siglo XIX y es el periodo en el que merced al sistema de elección de gobiernos mediante elecciones

democráticas los partidos socialistas realizan su particular transición de partidos revolucionarios cuyo enemigo es el Estado a partidos de masas modernos integrados en las instituciones nacionales que para el periodo 1914-1918 ya ocupan gobiernos o constituyen la primera fuerza de oposición.

Esta periodización que contextualiza el asentamiento del socialismo como alternativa de poder dentro de cada Estado también reviste importancia capital en tanto que ofrece la perspectiva histórica necesaria para comprender la evolución del socialismo para con la "cuestión nacional". Puede comprobarse que para el final de la guerra aquellos partidos socialistas que se han integrado en el entramado institucional de su país –como el caso de ingleses, alemanes, franceses o italianos, por citar algunos ejemplos de "naciones históricas", que diría Engels- han abandonado el internacionalismo de clase y afirman su condición de partido socialista a la par que nacional. Resulta interesante ver cómo en la misma época el PSOE asume la vía "oriental" e identificando a España con las monarquías plurinacionales como Rusia o Austria-Hungría canaliza el socialismo a través de la oposición al Estado y la asunción de las aspiraciones de los nacionalismos subestatales. Las palabras de un destacado líder socialista afirmando en 1918 que "en España no ha habido nunca nación y la unidad se produjo por el fuego y el hierro" dan buena muestra de esta inclinación.⁷ Por lo tanto, en periodo que va de 1868 a 1918 resulta decisivo para la relación entre el socialismo y la "cuestión nacional" en tanto que a la salida de la I Guerra Mundial los partidos socialistas ya han definido sus posturas para con la "cuestión nacional" de sus propios países. Posturas que, a grandes rasgos, continuarán hasta nuestros días.

Además, para el caso español el periodo 1868-1918 se justifica porque es en la primera fecha, con el contexto de libertades políticas que inaugura la Revolución

⁷ *El Socialista* N°3429

Gloriosa, cuando ingresan en España las primeras células de la AIT. Puede objetarse a tal periodización que el PSOE no se funda hasta 1879, sin embargo el desarrollo ideológico de las primeras organizaciones obreras en España será crucial para entender la particular idiosincrasia del marxismo español. Cuestiones como el antipoliticismo y el profundo antiestatismo que tan hondamente arraigaron en el PSOE –y cuyo desarrollo resulta vital para la comprensión de la relación entre socialismo y “cuestión nacional” en España- encuentran su origen en los años posteriores a 1868, cuando los bakuninistas ejercían el control ideológico en la sección española de la AIT.

Desarrollo del nacionalismo

Creo que es bastante difícil dar cuenta de la relación entre el socialismo y la “cuestión nacional” con propiedad sin atender a la naturaleza del nacionalismo en cada época. Como vimos arriba, a pesar del teórico rechazo que el marxismo hace del nacionalismo siempre hubo alianzas estratégicas entre socialismo y nacionalismo en función de la incidencia del nacionalismo en su estrategia. De este modo, cada Internacional prestó su apoyo a un tipo de nacionalismo que creía abundaba en su concepto de progreso.

En este sentido, Marx y Engels apoyaron los llamados nacionalismos liberales de integración o unificación -casos de Italia y Alemania- porque consideraban que la creación de grandes naciones beneficiaba el desarrollo del capitalismo y, por ende, el asentamiento del proletariado. El nacionalismo era de signo liberal-progresista y el marxismo consideraba que beneficiaba a su estrategia. En cambio, desecharon como rémoras del pasado las aspiraciones políticas de pequeñas nacionalidades, a las que consideraban instrumentos de la reacción. De aquí la distinción engelsiana entre pueblos con y sin historia. Para Engels el futuro

de la política europea pasaba por el desmantelamiento del orden político del Antiguo Régimen formando un nuevo mapa basado en grandes naciones en las cuales las pequeñas nacionalidades deberían integrarse entrando así en los raíles de la civilización. Creo que es interesante tener este mapa de ideas detrás del análisis del socialismo español porque urge preguntarse, por ejemplo, por qué en el socialismo español no encontramos reflexiones sobre una posible unificación ibérica cuando los cánones del socialismo invitaban a apoyar a los movimientos nacionalistas de integración y durante la época del Sexenio la idea de la unión entre España y Portugal, aunque minoritaria, siempre estuvo presente.

En cambio, la II Internacional coincide con un cambio de paradigma de nacionalismo. El nacionalismo deja de ser de integración política y pasa a ser de secesión. La nación deja de definirse en función del principio de "umbral" y pasa a entenderse en términos étnico-lingüísticos. El socialismo asumirá las reivindicaciones de las nacionalidades que aspiran a un Estado propio como ariete contra los imperios multinacionales de Europa oriental y declarará así, en su congreso de Londres de 1896, el derecho de autodeterminación de las naciones. Es interesante señalar que en este contexto la Revolución Rusa de 1917 constituye el nuevo paradigma revolucionario que sustituye en el imaginario de la izquierda a la Revolución Francesa. Donde la francesa luchaba contra la preponderancia del Antiguo Régimen, la Rusa lo hará contra el capitalismo y el imperialismo. Creo que esto es importante para la comprensión del desarrollo de las relaciones entre socialismo y la "cuestión nacional" porque al introducir el elemento del imperialismo acomoda la incorporación a su ideario del derecho de autodeterminación y aquilató la idea que vinculaba la emancipación de las nacionalidades con el progreso social.

Los proyectos de los socialistas pasaban por sustituir los entramados imperiales por organizaciones confederales y es en este contexto en el que cobra sentido la

propuesta de Besteiro en el XI Congreso del PSOE (1918) de hacer de España una “Confederación republicana de nacionalidades ibéricas” en la que se argüía que,

“Nuestro internacionalismo de socialistas no puede conducirnos insensatamente al afán imperialista como españoles de dominar pueblos que tienen una personalidad robusta y bien destacada y ansían gobernarse por sí propios, sin tutelas que estiman inconvenientes y que demuestran no necesitar”⁸

Dado que hoy en día se sigue hablando con bastante confusión del federalismo del PSOE creo que es interesante incidir en los momentos en los que se crea la vinculación intelectual entre el PSOE y la idea federal. Conforme a esta separación de imaginarios entre la AIT y la II Internacional cabe decir que el primer federalismo que esgrime el socialismo español es de raíz anarquista y observa la agregación espontánea de comunidades naturales –familia, municipio, provincia, etc.- como base para superar la organización vertical del Estado moderno. Se trata de la idea federal que inspiró a Proudhon, Bakunin y otros teóricos afines al anarquismo para criticar el carácter autoritario y centralista de los movimientos de unificación alemán e italiano. De aquí obtenemos una pista para entender por qué el socialismo español no consideró en pleno apogeo del nacionalismo liberal de integración la posibilidad de la unión ibérica por más que esta idea fuese consonante con los intereses de Marx y Engels. Más tampoco va a considerar, y es necesario tenerlo en cuenta, el federalismo como acomodo a la supuesta naturaleza plurinacional de España. Este hecho sólo se dará a partir de 1900 y con la confluencia de dos factores: la organización de los nacionalismos periféricos como contrarios al Estado español y la consolidación en el seno de la II Internacional de la idea del derecho de autodeterminación de las naciones y la organización confederal como salida a los Estados multinacionales como los imperios orientales (Rusia, Austria-Hungría y Turquía)

⁸ *El Socialista*, 1/12/1918

Creo que lo importante es señalar que en ninguno de los casos se trata de un federalismo liberal como el norteamericano en el que el reconocimiento de las partes federadas es el requisito para salvaguardar la unidad de la nación. En cambio, en la política socialista, el reconocimiento de las partes federadas es, precisamente, el requisito para la superación de la nación.

El Estado y la nacionalización del socialismo

A pesar de aparecer en último lugar el argumento sobre el papel del Estado moderno en la nacionalización de los partidos socialistas es el argumento que pretendo sea el pilar de mi investigación. Pero considero que la explicación sobre el mismo era difícil de aprehender en su totalidad sin antes atender al periodo en el que considero ejerce su mayor influencia el Estado moderno sobre los partidos socialistas y los tipos de nacionalismo con los que el movimiento proletario tiene que tratar.

Como apuntaba arriba sostengo que la nacionalización de los partidos socialistas está estrechamente vinculada a su capacidad para superar su condición de partido de clase a través de la integración en el Estado. Esta idea es de inspiración weberiana en el sentido en el que considera que la política es, en última instancia, lucha por el poder; que el poder, en el mundo moderno, se encarna en el Estado (en su control); y que el Estado, al ser nacional, da forma nacional a la política.⁹

La nacionalización a través de la política está estrechamente vinculada a la estrategia engelsiana de convertir el sufragio universal en un instrumento para la emancipación del proletariado tal y como dejó escrito en 1895 en el prefacio a *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Esta posición constituía un cambio

⁹ "¿Qué entendemos por política? (...) Por política entenderemos solamente la dirección o la influencia sobre la dirección de una asociación *política*, es decir, en nuestro tiempo, de un *Estado*" Weber, M., *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial, 2004. Pág. 82

de actitud radical frente a lo que no muchos años antes opinaba el marxismo del sufragio universal. Este cambio venía provocado por el extraordinario aumento de votos del SPD en las elecciones de los años noventa del siglo XIX y a la larga sería el inicio de una larga serie de "revisiones" sobre la posición del socialismo frente al Estado¹⁰. Lo que me interesa señalar es que la necesidad de los partidos socialistas por competir electoralmente con otros partidos nacionales influye directamente en la nacionalización de la retórica de los partidos socialistas. La lucha por el poder en el Estado-nación exige que la política sea nacional. A modo de ejemplo valga apuntar que en 1909, con motivo de la conjunción republicano-socialista para las elecciones, en la retórica del PSOE puede apreciarse la introducción de la fórmula "interés nacional" que antes no existía en sus discursos. La nacionalización del discurso realiza, entre otras funciones, la de naturalizar al partido como propio del país y, por tanto, legitimar sus aspiraciones al poder. No en vano, si bien las ideologías apuntan hacia el "cómo" se ha de gobernar, el nacionalismo indica "quién" debe gobernar.

En el caso del PSOE, su antietatismo y su antipoliticismo de origen anarquista le mantuvieron en una posición ideológica difícil de conciliar con la política parlamentaria. Simplemente señalar que en 50 años de historia sólo sumo un máximo de siete diputados, mientras en los demás países europeos los socialistas ya contaban con grandes grupos parlamentarios.

| | Fun dación del partido | Sufr agio universal masculino | Cima electoral antes de 1900 (%) | Cima electoral antes de 1918 (%) |
|--|---------------------------------------|--|---|---|
| | | | | |

¹⁰ Engels, F., Introducción a "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850" en K. Marx/Engels, F., *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1976. Vol. I, Págs. 199-201

| | | | | |
|------------------|----------------|------|----------------|----------------|
| Austria | 1889 | 1907 | --- | 25.4 (1911) |
| Bélgica | 1885 | 1893 | 8.5 (1896) | 30.3 (1914) |
| Dinamarca | 1876 -78 | 1901 | 19.3 (1901) | 29.6 (1913) |
| Finlandia | 1899 | 1906 | --- | 47.3 (1916) |
| Francia | 1905 (SFIO) | 1848 | --- | 16.8 (1914) |
| Alemania | 1875 | 1871 | 19.7 (1890) | 34.8 (1912) |
| Holandia | 1894 | 1917 | 3.0 (1897) | 11.2 (1905) |

En gran medida porque habían conseguido mayores beneficios para la clase obrera de la negociación e integración en el sistema político nacional que con la retórica revolucionaria de enfrentamiento directo con el Estado. Hete aquí en buena medida la razón de las hondas dificultades del PSOE para superar la ortodoxia marxista y ver en la nación algo más que el clásico enemigo de las aspiraciones del proletariado. En 1918, el PSOE aún seguía manteniendo la retórica, de inspiración anarquista, que seguía viendo una radical separación entre la política real (que era la que concernía al proletariado) y la artificial (la impuesta por el Estado). En cambio, tradiciones socialistas más flexibles ideológicamente como la alemana, francesa o italiana, más vinculados a la veta ilustrada del socialismo, vieron en el Estado un herramienta de progreso.

Resulta interesante señalar la veta ilustrada del socialismo porque tiene bastante que ver con las posiciones del socialismo frente al Estado y frente a la "cuestión nacional". El marxismo ha de entenderse como hijo de la ilustración en el sentido de que su internacionalismo no es sino una nueva versión de la idea ilustrada en virtud de la cual si todo se ordena conforme a razón el mundo tiende hacia una ordenación armónica post-nacional. En esta idea mecanicista de la política descansa el apoyo brindado por Marx y Engels a la creación de grandes Estados donde los individuos debían hacer abstracción de su nacionalidad a través del concepto de ciudadanía (concepto de nación jacobino). Las pequeñas nacionalidades no tenían otra que integrarse en Estados grandes, los cuales eran considerados como promotores de progreso civilización. De aquí que las tradiciones socialistas francesa, alemana o italiana identificasen el nacionalismo integrador como progreso y congruente con el socialismo. En cambio, las tradiciones socialistas permeadas de anarquismo como la española tuvieron siempre serias dificultades para superar la separación radical, basada en una visión organicista de la política, entre pueblo y Estado. De aquí que con la proliferación de identidades que rivalizaban con el Estado (identidades entendidas como comunidades naturales) la tendencia natural del socialismo español fuese el reconocimiento y apoyo a sus aspiraciones frente a un Estado que se consideraba opresor y contrario a razón. Esta separación entre socialismo organicista y socialismo ilustrado es válida, por tanto, para seguir las inclinaciones de los diferentes partidos frente al Estado y la "cuestión nacional".

En última instancia, la historia del socialismo, como ideología con vocación universal, no es diferente a la del catolicismo en la medida en que ambas, como fuerzas supranacionales, constituyeron las principales amenazas para la consolidación del Estado-nación decimonónico. En ambos casos se ha demostrado que la viabilidad política de ambas ideologías sólo devino efectiva a través de la aceptación del marco nacional y su nacionalización. No es casualidad, por tanto,

que de la aceptación pragmática del marco nacional se pasase, en la segunda década del siglo XX, a un panorama de partidos políticos católicos y socialistas que conjugaban su ideología con un abierto patriotismo que la Primera Guerra Mundial vendría a certificar.

En resumen, sostengo, por tanto, que la nacionalización de los partidos socialistas es dependiente de su capacidad para superar su condición de partido de clase e integrarse en el Estado y sus instituciones a través de la política en sentido liberal y parlamentario. Que la lucha por el poder en el mundo moderno es la lucha por el control del Estado-nación y que es la naturaleza nacional del Estado moderno la que nacionaliza, o da forma nacional, a la política. Pero que la capacidad de los partidos de integrarse en el Estado depende del lugar que ocupe el Estado en su particular visión del socialismo.

En el caso del PSOE puede afirmarse que desde sus orígenes a 1918 ha mantenido una política de clase lejana al interés nacional. Marcado por un fuerte apoliticismo y antiestatismo anarquistas, sólo vio en el Estado un enemigo de las aspiraciones de clase del proletariado. Esto hace que en su pronunciamiento sobre la "cuestión nacional" se haya alineado con los socialismos que lejos de integrarse en el Estado-nacional afirman su condición de partido de clase y siguen la vía "oriental" entendiendo por progreso la confrontación con el Estado y el apoyo a las aspiraciones políticas de los nacionalismos subestatales.

Sostengo, también, que este periodo que va de 1868 a 1918 marca la naturaleza de las relaciones que en adelante tendrán los partidos socialistas con la "cuestión nacional" de sus respectivos países. No cabe duda de que el PSOE de la transición y el actual han cambiado mucho con respecto a aquél liderado por los Pablo Iglesias, Besteiro, etc. pero qué duda cabe que en la cultura de desapego y

ambigüedad hacia lo “nacional” que esgrime el PSOE actual bastante hay de los que se cocinó de 1868 a 1918. En última instancia, es difícil negar que en las posiciones esgrimidas por el PSOE al final de la Primera Guerra Mundial, los pronunciamientos de la Transición y las palabras arriba recogidas del presidente Zapatero, si bien existen diferencias de forma, hay un profundo aire de familia de fondo.